

sueñen realizar la monarquía universal. En la Edad Media se abre paso el principio de la individualidad; la raza germánica lo introduce como elemento esencial de la nueva era que se abre con la caída del imperio; pero no pasa de un germen. La dependencia del individuo subsiste, pero hay ya tentativas de unidad. Hasta puede decirse que nunca ha sido la unidad tan absorbente: un Dios, un papa, un emperador, tal es el ideal. Si se hubiera realizado, no habría quedado ni una sombra de libertad al individuo, ni de independencia a los pueblos. Cuando la Reforma se levantó contra la falsa unidad de Roma cristiana, el principio de individualidad se eleva y el de unidad baja; sin embargo, no desaparece, no hace más que cambiar de forma. Los filósofos imaginan una confederación universal, y los diplomáticos creen que el equilibrio político es un lazo bastante poderoso entre los Estados. A tal punto llega el afán de unidad, que la idea de monarquía universal ha vuelto a surgir en pleno siglo XIX, después de una revolución que había proclamado los derechos de los individuos y de las naciones.

A través de estas luchas, se lleva a cabo un gran trabajo de unidad. En la Edad Media, cada señor era rey en su baronía, y, en realidad, ninguna unidad política existía, puesto que, por una parte, el imperio no pasaba de una pretensión, y por la otra, el papado, por su esencia misma, sólo podía aspirar a la unidad espiritual. Hoy los grandes reinos han sustituido a las baronías, pudiendo el hecho, en cierto sentido, considerarse como el advenimiento de las naciones. Queda además un lazo de unidad moral más bien que política, cuyo poder crece en lugar de disminuir, puesto que no choca contra el principio de la individualidad. La historia nos revela los designios de Dios. Puesto que los dos elementos de la individualidad y de la unidad se sostienen, fuerza es que tengan en la naturaleza su raíz. Con efecto, en toda la creación aperecimos la unidad en la diversidad, doble principio que en el hombre se manifiesta con la mayor evidencia. Nuestra naturaleza es una, uno nuestro destino; pero ¿qué variedad infinita en los individuos! Bajo la mano de Dios se armoniza esta infinita diversidad en una unidad superior; ¿no será esta la imagen de las nacionalidades que, en los designios de Dios, concurren a formar la unidad humana?

El destino de todos los hombres es idéntico; más aún, solidario, puesto que entre todos forman una sola familia; así preguntaremos: ¿qué padre separa sus intereses de los de sus hijos? ¿Son los hermanos aliados o enemigos? Entre todos los hombres median lazos que unen al individuo con sus semejantes, sea cual fuere el páraje que habiten. La soledad absoluta sería para el individuo la muerte de la inteligencia y del alma, y es en la sociedad de sus semejantes donde se manifiestan las más nobles facultades del hombre, los sentimientos de fraternidad y de caridad. Las naciones, como los individuos, no pueden aislarse; su aislamiento absoluto les acarrearía también la muerte. Por lo mismo que cada cual tiene su genio particular, no representa aisladamente más que una de las facetas de la humanidad; cada una de por sí es incompleta, y debe, para completarse, ponerse en contacto con los otros miembros de la humanidad. Sólo por esta vía es dable alcanzar un desenvolvimiento regular y armonioso de las facultades humanas.

Así las naciones son, con respecto a la humanidad, lo que los individuos con respecto a las naciones, es decir, que la vida nacional debe relacionarse con la general, lo mismo que la vida individual se relaciona con la nacional. ¿Llevará la analogía, como fin, a constituir las nacionalidades en una monarquía o república universal, de la misma manera que los individuos se han reunido bajo las leyes de un Estado particular? Aquí ya salimos del terreno de la realidad. No podemos afirmar más que una cosa, y es que la monarquía o la república universal violarían las leyes de la creación, puesto que destruirían el elemento de diversidad, absorbiendo a las naciones, que son de Dios. La unidad, suponiendo que se realiza exteriormente, debe tomar otra forma que permita conciliar la necesidad de independencia individual con la necesidad de una comunión de ideas y de sentimientos. Es preciso que el género humano esté organizado de manera que la vida nacional favorezca la vida individual y que la vida universal penetre en la nacional. El hombre, aunque libre e independiente en su esfera, no puede perturbar la vida nacional, so pena de destruir el medio en el cual está llamado a vivir. Las naciones tampoco pueden, aunque libres e independientes en su esfera, perturbar la vida general; sería reemplazar la vida común y

armónica por una existencia particular y egoísta, y el egoísmo mata a cuantos a él se abandonan. De aquí la necesidad de una organización de la humanidad que armonice la vida general, la vida nacional y la vida individual.

§ II.—La antigüedad.

N.º 1.—Gérmenes de nacionalidades.

En la antigüedad no hay naciones, hay sólo Estados. En el mundo oriental vemos monarquías animadas de una ambición sin límites, queriendo todas extender su imperio sobre el mundo entero. Los feroces pastores que inundan el Asia como torrente devastador forman el primer anillo de la cadena que debe unir al Oriente con el Occidente. Los Persas acaban su obra; los grandes reyes manifiestan abiertamente el designio de dominar sobre toda la tierra. Los pueblos que fundaron los imperios asiáticos no eran capaces de realizar la unidad, ni la material siquiera, del mundo antiguo. Bárbaros, ávidos de pillaje y de goce, no conocían límites a su fogaosidad invasora; pero los mismos placeres que anhelan les relajan y enervan, sirviendo bien pronto de presa a nuevos conquistadores. Ni sospecha siquiera tienen de lo que significa la nacionalidad. Hasta es raro que los pueblos atropellados por los Bárbaros se subleven; el sentimiento nacional no existe ni en los vencidos ni en los vencedores.

El Occidente presenta distinto espectáculo. Aquí sólo se encuentran pequeñas repúblicas, soberanías municipales análogas a los municipios de la Edad Media. Los Griegos no se preocupan de extender su dominación sobre el mundo; su ideal no consiste en la monarquía universal, sino en la ciudad. Algunas de sus ciudades están organizadas para la guerra; pero en el espíritu de los pueblos dorios la guerra no es un instrumento de ambición, sino un noble ejercicio de las facultades humanas. La ambición de Atenas, mayor que la de Esparta, no rebasaba, sin embargo, los límites de la Grecia; el poderío que Pericles, el más ilustre de sus hombres políticos, deseaba para la patria, no estribaba en uno de esos imperios monstruosos,

tal como el Asia los soñaba, sino en la hegemonía, en la dirección de los intereses helénicos. Lo infinito cede a lo finito. Aquí tenemos el primer germen de las nacionalidades. Mientras que el Oriente eleva templos, construcciones gigantescas como el panteísmo que las inspira, los Pelasgos edifican ciudades. La vida común de los hombres, dentro de estos recintos murados, inaugura el Estado moderno y sirve de núcleo a las nacionalidades. Los Griegos no pasaron nunca de aquí, sin exceptuar a los filósofos. Platon prescribe límites estrechos a su república, porque, en su concepto, la unidad y la armonía no pueden existir sino dentro de una pequeña asociación, considerando imposible organizar vastos territorios con sujeción a las leyes del número y de la armonía.

La ciudad es el primer elemento del Estado. En el mundo moderno, la unidad nacional procede de los municipios. No sucedía lo mismo entre los Griegos: sus ciudades formaban repúblicas municipales, independientes, hostiles; jamás existió una Grecia. Con todo, no faltaban los elementos de unidad nacional. Los Griegos, aunque divididos en diferentes tribus, pertenecían a la misma raza; su lengua era una, aunque comprendiera dialectos diferentes, y en sus creencias religiosas había cierta especie de unidad. Los oráculos fueron un centro religioso para los Helenos, y hasta un lazo entre los Griegos y los Bárbaros. Bajo los auspicios de la religión se celebraban los juegos públicos, verdadera pasión para los habitantes sociales de la Grecia, y que pueden considerarse como un lazo de la nacionalidad helénica. Las guerras contra los Persas fueron un nuevo lazo de unión, por cuanto los peligros comunes forzaron a las repúblicas rivales a someterse a un jefe común. La hegemonía fué como un primer germen de confederación; y de haberse consolidado y extendido a todas las ciudades, se hubiera formado la unidad nacional. Pero la unidad repugnaba al genio helénico. Hemos dicho que los Griegos nacieron divididos; nada más cierto. Apenas si la invasión persa consiguió unir las repúblicas, volviendo a romperse el lazo después de la victoria. Con todo, quedó un lazo moral. Victoriosos de su lucha contra los Persas, los Griegos tuvieron conciencia de su superioridad; este sentimiento fué la base de lo que puede llamarse la nacionalidad helénica, por cuanto los Griegos se consideraron como una

nacion por su odio y su desprecio á los extranjeros. La nacionalidad helénica era una unidad puramente intelectual y moral; por eso los Griegos no llegaron nunca á la unidad política ni formaron nacion. Destinados á influir sobre el mundo antiguo y sobre la más remota posteridad por la literatura, la filosofía y el arte, les era necesaria una organizacion que dejara la mayor libertad de accion á las facultades humanas. Véase la razon providencial de la variedad infinita de territorios, de dialectos, de constituciones y de cultos que caracteriza á la Grecia; y sin embargo, esta tierra privilegiada de la inteligencia constituía una nacion por su cultura intelectual. Heleno era sinónimo de hombre civilizado. Esta unidad moral bastó á los Griegos para cumplir su mision. La falta de unidad política no impidió al genio helénico desplegar la magnífica riqueza de lengua, de literatura y de arte que será siempre el encanto de la humanidad. Mas, por otra parte, el espíritu de diversidad que hizo la grandeza de la Grecia, bajo el punto de vista de la civilizacion general, fué causa de su debilidad, bajo el punto de vista político. No solamente no había unidad nacional, sino que tampoco existía unidad en el seno de las ciudades.

¡Cosa singular! Nunca ha ejercido la ciudad tanta influencia ni tanto poder como entre los Griegos; pero precisamente este mismo poder, por su exceso, impidió á las repúblicas realizar la unidad en su seno. La ciudad tenía potestad soberana, absoluta sobre el ciudadano; el hombre carecía como tal de derecho, reconociéndose únicamente como miembro de la ciudad. Era esto destruir la individualidad humana: ¿ni cómo podría existir la armonía donde no hay seres dotados de una personalidad distinta? Habrá confusion, habrá panteísmo, pero no unidad. Además, confundiendo la libertad con la soberanía, los hombres se verán impulsados á apoderarse, cada cual en su provecho, del poder soberano. Tal es el espectáculo que ofrecen las ciudades griegas, donde se mantiene permanente la lucha entre la aristocracia y la democracia, entre los ricos y los pobres. La aristocracia, donde domina, abusa de su dominacion para oprimir al pueblo; y á su vez la democracia, cuando triunfa, se entrega á una reaccion violenta contra los nobles; mejor dicho, la guerra es constante entre los que no poseen contra los que poseen. Re-

sultado de esta lucha es la anarquía, y entonces sólo queda un medio de evitar la muerte de la sociedad: la tiranía. Mas ¿no es también la tiranía una especie de muerte?

II.

Roma tiene en el más alto grado ese genio de la unidad que faltó á la Grecia y que es un elemento de la nacionalidad. Pocas naciones presentan un carácter tan marcado y tan preciso como el pueblo rey. Esta expresion, que los antiguos empleaban ya para determinar las facultades y la mision de los Romanos, nos revela el principio de su grandeza, al paso que el de su impotencia para fundar una nacionalidad durable. Roma es superior á Grecia por su poder de asimilamiento. Tácito dice de los Griegos que sólo á sí propios se admiraban. La distancia entre un Heleno y un Bárbaro era tan grande como la que media entre el hombre libre y el esclavo. Atenas y Esparta no trataron bajo un pié de igualdad á los Griegos reunidos bajo su mando, oprimiendo á sus aliados cual si fueran vencidos. De aquí una imposibilidad absoluta de llegar á la unidad nacional. No sucedía lo mismo respecto á los Romanos, á pesar de que su punto de partida fué el más pronunciado dualismo: patricios y plebeyos formaban como dos razas distintas, enemigas, reunidas por yuxtaposicion dentro de los muros de la misma ciudad, sin que entre ambas existiera nada comun, ni religion, ni derecho, ni matrimonio. Con todo, despues de algunos siglos de luchas, desaparece el dualismo y la unidad reina en la ciudad.

Esta unidad podía servir de punto de partida para una nacionalidad poderosa que comprendiera toda la Italia; y en efecto, Roma dió un gran paso hácia la formacion de la unidad italiana. Llamó á los vencidos al goce de los derechos de los vencedores, ¡cosa inaudita en la antigüedad! no ya dándoles una completa igualdad, pero sí participacion, en diversos grados, en los derechos de la ciudad conquistadora. Los Italianos acabaron por conquistar la igualdad completa, haciéndose Romanos, si bien á costa de una lucha sangrienta: prueba de que el verdadero espíritu de unidad, el espíritu de nacionalidad, era ajeno á los Romanos. La unidad italiana parecía acabada; todos los habitantes de Italia eran ciudadanos de Roma, y sin

embargo, la Italia no formó una verdadera nacion, al menos en el concepto que hoy le damos. Roma no cesó de ser una república municipal, debiendo los Italianos trasladarse á Roma para ejercer allí sus derechos en la participacion del poder soberano. La idea de una soberanía ejercida por delegacion no había aún germinado; así que era imposible constituir un verdadero Estado, y por consiguiente, una verdadera nacion. Lo que domina en la formacion de la unidad romana es siempre la Ciudad Eterna, soberana y absorbiendo á todos los habitantes de Italia. No había, pues, unidad nacional, sino municipal.

La unidad romana acabó por abrazar á todo el imperio, extendiéndose á las diversas provincias por la célebre constitucion antonina, que concedió el derecho de ciudadanía á todos los súbditos del imperio. Esta ley abolió la distincion entre Italia y las provincias; en el imperio fueron todos ciudadanos, y llamados Romanos todos los habitantes, como dice San Agustín. Un retórico griego celebró esta revolucion como si fuera una especie de ideal; en efecto, el hecho era nuevo: "Roma no está ya en Roma, exclama Aristides, está en todo el universo romano. Se ha borrado la antigua distincion entre Griegos y Bárbaros; no media ya diferencia entre la Europa y el Asia; no hay más que Romanos y no Romanos." "Solamente los Bárbaros y los esclavos, dice un poeta galo, son extranjeros en esta ciudad, única del universo entero." Un historiador refiere "que lo que era ántes el mundo es actualmente una ciudad." Roma, como se ve, acabó por desnacionalizar á los vencidos, dándoles el nombre y la condicion de los vencedores. No es este el advenimiento de una nacion, sino la realidad de la monarquía universal.

Propiamente hablando, la unidad no existía sino en la superficie, siendo más bien legal que real. Los Griegos se cambiaron en Romanos en cuanto al nombre y al derecho; pero ¿dejaron por eso de ser Griegos? El helenismo era demasiado vivaz para que le absorbiera el elemento latino. Así la lengua de Roma no llegó á absorber ni á modificar á la de los Helenos: prueba de que subsistió la diferencia de nacionalidad. Nada más natural; la Grecia había iniciado á los Romanos en la vida de la inteligencia; ¿cómo abandonar su lengua armoniosa por un idioma seco y prosaico, una literatura rica y nacional por una literatura pobre

y extranjera? Ningun crítico griego menciona á Virgilio ni á Horacio; para ellos no hay otros poetas que los de Grecia. El rasgo es característico: la nacionalidad griega era puramente literaria y sobrevivió á la conquista; los Helenos nunca se trasformaron en Romanos; ¿qué digo? En la Edad Media, cuando Roma católica se propuso proseguir la obra de Roma pagana, cuando se empeñó en imponer al mundo un dogma de hierro en nombre del Hijo de Dios, de quien se decía órgano, los Griegos rehusaron sujetarse á esta unidad. El cisma reveló la oposicion nacional que continuaba dividiendo á Helenos y Latinos. ¡Testimonio elocuente de la fuerza irresistible de las nacionalidades!

En apariencia, el destino de los pueblos bárbaros fué muy diferente, y podría invocarse como testimonio contra el principio de nacionalidad. Todos los historiadores dicen que los Galos y los Españoles se habían asimilado á los Romanos por la lengua, por las costumbres y por la civilizacion, cuando los Bárbaros pusieron término á la dominacion de la Ciudad Eterna. Es verdad que la lengua de los vencedores se extendió por el África, por la España, por la Galia, la Bretaña y la Panonia, y que insensiblemente la influencia de la educacion inspiró sentimientos romanos á los habitantes de estos países, que habían combatido tan largo tiempo por su independencia. Diríase que mediaba una afinidad de genio entre los Bárbaros que se hicieron Latinos y los Italianos; los Galos y los Españoles sostuvieron la gloria del nombre romano, así en las letras como en las armas. No así en Inglaterra, donde la dominacion romana no dejó huellas ni en la lengua, ni en las costumbres, ni en el derecho; nueva prueba de la tenacidad del espíritu nacional.

Los mismos Galos y los Españoles son otra prueba de la persistencia indestructible de las nacionalidades. En realidad, no se trasformaron del todo en Latinos. Léase la pintura que los historiadores griegos trazan de los Galos, y se diría que está hecha de ayer, tomando á los Franceses por modelo: "El carácter comun de toda la raza gala, dice Estrabon, según el filósofo Posidonius, es la irritabilidad, la predisposicion al combate y el delirio por la guerra. Fuertes por la corpulencia y por el número, se reúnen con facilidad en grandes masas y toman con gusto la defensa de los oprimidos,

á lo que debe añadirse una vanidad llevada hasta la fanfarronada. Quisieron ver á Alejandro, el conquistador del Asia, á cuya presencia los reyes temblaban de miedo. — ¿Qué temeis? les preguntó el héroe macedonio. — Que el cielo se derrumba, contestaron. Ni el mismo cielo les atemorizaba, lanzándole flechas durante las tronadas. En fin, su gran placer, despues del de batirse, consistía en formar corro alrededor del extranjero para que les contase las historias de países lejanos. Su afición á hablar era tal, que en sus asambleas costaba no poco trabajo mantener al orador en el uso de la palabra, en medio de las interrupciones. Ahora dígame si este retrato es de un Galo ó de un Frances. La misma observacion cabe respecto á los Españoles y á los Iberos. El genio de las poblaciones bárbaras se conservó bajo la envoltura latina. Roma las modificó y les dió una lengua, pero no pudo destruirlas. La lengua misma se trasformó, tomando un carácter aparte: marca cierta de la fuerza indestructible de las nacionalidades.

La antigüedad no vió ninguna nacion constituida en Estado. En el mundo oriental, las religiones ostentan mayor fuerza que el elemento de nacionalidad. Desde hace muchos siglos no existe una nacion mazdeana, pero se conservan aún no pocos adoradores de Ormuzd; no hay pueblo de Dios, pero quedan sectarios de Moises. En el mundo occidental, un filósofo ha definido al hombre un animal político. Mas la misma palabra política nos dice por qué los gérmenes de nacionalidad que se encontraban en las poblaciones griegas y latinas no llegaron á desarrollarse. Hoy entendemos por política la ciencia que abraza los intereses así de las naciones como de la humanidad. Entre los antiguos, la política regulaba los asuntos de las ciudades. Los Griegos no formaron nunca una nacion. Roma se conservó siempre una república municipal, hasta en los tiempos en que absorbió á todos los habitantes de su inmenso imperio. Aspiró á la dominacion del mundo y la realizó dentro de ciertos límites. Pero la monarquía universal es la negacion de las nacionalidades. Por esto la antigüedad no fué la era de las naciones, tendiendo á la unidad bajo forma de una monarquía universal. Hemos dicho cuál fué la mision de esta asociacion forzada, y conviene detenernos un poco para penetrar mejor los designios de Dios, tal cual él mismo, por medio de la historia, los revela.

N.º 2.—Las monarquías universales.

I.

Preguntan algunos: ¿por qué causa el mundo antiguo fué presa de los conquistadores? ¿Por qué esas vanas tentativas de monarquía universal que comienzan en Oriente y continúan en Roma? Contrarias á los designios de Dios, puesto que destruyen á las nacionalidades, que tienen en Él su principio, se mantienen, sin embargo, á través de los siglos; esta ambicion se trasmite de una raza á otra, y acaba por ser considerada como un ideal. El ideal es falso; pero ¿es también falso todo en esta concepcion? Hay en la naturaleza dos elementos igualmente divinos, igualmente legítimos, la diversidad y la unidad. Hoy creemos que la individualidad es el fin y la unidad el medio, pero un medio necesario; es imposible que el individuo se desenvuelva y cumpla su mision fuera de una sociedad organizada, y no basta una asociacion cualquiera, sino que además se requiere que abrace tanto á los pueblos como á los individuos. Luego el trabajo de unidad debe preceder al libre desarrollo de la individualidad humana, como condicion indispensable para que pueda el hombre desenvolver sus facultades. Tal es la razon providencial de que la guerra y la conquista dominen en el mundo antiguo, y al mismo tiempo la justificacion, bajo el punto de vista de Dios, de la monarquía universal.

En la remota antigüedad, los hombres vivian aislados, y el aislamiento se conservó como ideal de los antiguos. Todas las tradiciones comienzan por un cuadro idealizado de las primeras sociedades humanas, y el aislamiento era uno de los caracteres que los poetas atribuían á la edad de oro. En realidad, todos los pueblos, al presentarse sobre la escena del mundo, viven con una existencia separada, casi desconocidos los unos de los otros. Este aislamiento primitivo dejó huellas hasta el fin de la antigüedad. Las palabras reino, imperio, república, nos hacen creer en la unidad política de los pueblos donde reinaba una diversidad profunda. La India ha sido siempre un conjunto de pequeñas asociaciones, sin conciencia de una patria comun. El imperio de los Persas era una yuxtaposicion de pueblos y de ciudades. Nunca existió una Grecia; existieron, sí, pequeñas repúblicas limitadas

en el recinto de una ciudad. Roma no pasó jamás de una república municipal. ¿Qué hubiera sucedido de no encontrar un contrapeso esta tendencia al aislamiento? El círculo de la asociacion se hubiera cerrado cada vez más en lugar de ensancharse, y los hombres, sin lazo entre sí y en la imposibilidad de desenvolverse, se hubieran atrofiado; apénas si hubiera sido posible su vida física.

¿Quién rompió el aislamiento? ¿Quién asoció á los hombres? La guerra y la conquista. Hé aquí por qué la guerra domina como hecho universal en el mundo antiguo. De tal suerte es la guerra, de la esencia de la antigüedad, que los pueblos más pacíficos y más aislados se han entregado, al ménos durante una fase de su existencia, á la ambicion de las conquistas. La India tuvo su edad heroica antes de replegarse en el desvarío y el misticismo. Los Faraones egipcios recorrieron el Asia como conquistadores. El comercio mismo era una conquista, y la colonizacion se hacía con las armas en la mano. No puede decirse de los Griegos que fueran una raza militar, y sin embargo, estuvieron constantemente en guerra. Ciertos pueblos parecían creados expresamente para la guerra y la conquista, como los pueblos pastores del Asia y los Romanos. ¿Cuál es la ambicion de los conquistadores, desde el fabuloso Nemrod hasta el pueblo de Marte? La monarquía universal. Actualmente condenamos la monarquía universal y maldecimos á los conquistadores; pero guardémosnos bien de trasportar á la antigüedad nuestros sentimientos ni nuestras ideas. ¿Qué hubiera sido de la especie humana á no haber roto la guerra el aislamiento primitivo? La China nos manifiesta lo que puede esperarse de una poblacion numerosa cuando vive separada del resto de la humanidad. Fuera inútil insistir. Dios nos ha revelado sus designios, y hemos tratado aquí de exponerlos. Los rudos conquistadores del Asia, arrastrados por un impulso divino á conquistar un mundo cuya extension ignoraban, comenzaron la obra de la unidad, haciendo del Asia occidental una gran monarquía y poniéndola en contacto con Europa. La dominacion universal á que aspiraban preparó el camino al Principe de la paz.

II.

La religion de los Griegos nos da una idea del aislamiento en que vivian ántes que la guerra y la

conquista hubieran mezclado las diversas tribus de la raza helénica. Cada individuo y cada ciudad tenían su Dios. El Olimpo era la imágen de las relaciones que existían sobre la tierra. Sólo en la isla de los Feacienses trece jefes se dividían el imperio. Entre las grandes empresas de Teseo se consideró la más sorprendente el proyecto que ejecutó de formar un solo pueblo de los habitantes del Ática, hasta entónces dispersos en numerosas villas que se hacían recíprocamente la guerra; ¿cuál fué el primer principio de unidad en el seno de esta diversidad infinita? La invasion doria y las largas convulsiones que la siguieron constituyeron la Grecia en repúblicas separadas, aunque mediando entre ellas lazos suficientes para inspirarles el sentimiento de un destino comun. Hasta entónces los Griegos carecían de nombre que les distinguiera como pueblo; los conquistadores hicieron prevalecer el de su tribu: todos los habitantes de la Grecia llevaron con orgullo el nombre de Helenos, como los habitantes de las Galias adoptaron el de sus vencedores germanos. Hasta entónces la religion habia sido un principio de division casi tanto como de unidad; los Dorios impusieron á los vencidos su culto particular, que tuvo en adelante la autoridad de una religion nacional. Los conquistadores fueron también quienes inauguraron los juegos solemnes, donde todo hombre libre podía dar pruebas de su habilidad en ejercicios que eran una preparacion á los rudos trabajos de la guerra. En fin, en las instituciones dorias se encuentra el germen de una forma política que, si hubiera podido desarrollarse, hubiera hecho de la Grecia una nacion grande y fuerte; el consejo de los anfictiones fué el primer bosquejo del sistema de confederacion llamado á desempeñar un papel importantísimo en la constitucion de la unidad humana.

Otra guerra, la más santa de que haga mencion la historia, la médica, dió nueva fuerza á la unidad helénica. El peligro comun unió á los Griegos, y el odio á los Bárbaros que sobrevivió á la lucha afianzó el lazo de union. Por la oposicion contra los Bárbaros se sentían los Helenos una nacion más bien que por la simpatía. En los sentimientos de los Griegos hay exageracion é injusticia; pero no se pierda de vista que el patriotismo entre los antiguos era exclusivo y las más veces rencoroso. “Estaba en el orden de la naturaleza, se decía, que los Helenos dominasen á los Bárbaros, por